

Pequeña antología de Rafael Alfaro

Plegaria última

Al final de una noche ya cansada,
Encomiendo mi espíritu a tus manos.

(i)

Abre tus manos y recógeme.

Señor, creo en tus manos invisibles,
en las que me abandono. Sé que no
soy una flor, ni una paloma, ni
siquiera una sonrisa. Más soy tuyo.

Elegía para un solo violoncelo

Como un adagio está la tarde lenta
interpretándose a sí misma. Y triste
oyes la melodía que no sabes
si es del violoncelo o del crepúsculo;
si es un sonido tenue en un silencio
cada vez más oscuro o es el canto
de la muerte que toca su tristeza
visible en unas cuerdas invisibles.

Todavía es otoño, y en los árboles

el viento dialoga con el frío
o con el esqueleto de sus ramas
en las deprecaciones de su música.
Y todo, de repente, queda mudo
como si el hielo hubiera agarrotado
las manos del artista y se apagaran
la melodía, *rallentando*, el día...

Inexplicable

¿No te sucede a ti? Quizás a media
noche, ¿no te despiertas con un ave
en tus manos,
un trino que aletea,
en tu lengua, no sé, tal vez un sueño
cazado de repente,
una llamada
al teléfono,
un verso o un relámpago
como una lagartija, una caricia
de un ángel que, de pronto, se te esfuma,
una sonrisa inesperada,
un salto
del corazón por alguien
que regresa

de lejos?

Y hay que abrir

y hay que encender

la luz o el vino o las conversaciones

Polvorientas...

A ver, cómo era el viejo

salmo, aquel que decía que los labios

se llenaban de risa y de cantares,

porque habrá que poner en pie la danza

hasta cansar la noche que nos queda.

Y sin saber por qué,

te asomará

a preguntarle al gozo de tu espejo

a ver, a ver por qué, por qué no puedes

pegar un ojo de alegría.

Y eso

que el mundo no va bien.

Y tú lo sabes.

(De Hora de tarde)